

LOS SIETE
PECADOS
CAPITALES
PRÍNCIPES INFERNALES

NELSON DE ALMEIDA

LOS SIETE
PECADOS
CAPITALES
PRÍNCIPES INFERNALES

LOS SIETE PECADOS CAPITALES
PRÍNCIPES INFERNALES

© Nelson De Almeida, 2020

Diseño de cubierta: Nelson De Almeida

Sello: Publicación independiente

Edición: Nelson De Almeida

Segunda edición: 2024

ISBN: 9798655374485

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del autor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra. Todos los derechos reservados.

“Los pecados o vicios capitales son aquellos a los que la naturaleza humana está principalmente inclinada”

- *Tomás de Aquino*

NOTA INICIAL DEL AUTOR

Todas las referencias bíblicas han sido extraídas de la traducción Reina Valera, revisión 1960.

«Los Siete Pecados Capitales: Príncipes infernales» es un libro autopublicado, por lo tanto, no me respalda ninguna casa editorial, y la única manera en la que esta historia pueda llegar a ser escuchada es gracias a sus lectores. Comparte este proyecto si disfrutaste de su lectura, obséquiale una reseña o una calificación y, sobre todo, te invito a apoyar el trabajo local e independiente de tu país.

PRÓLOGO

El reino de las tinieblas, un vasto lugar del mundo espiritual que se encontraba conformado por numerosas regiones infernales repletas de sufrimiento y muerte, que iban desde extensos desiertos estériles, hasta profundos y oscuros océanos; habitadas por hordas de demonios y almas condenadas a sufrir por los pecados que habían cometido en vida; regidas por un rey de la muerte, una entidad que representaba la encarnación suprema del mal y la mismísima soberbia...

Lucifer, con puño de hierro, gobernaba aquellas tierras a través de una enorme ciudad espiritual llamada Babilonia, debajo de ésta, se encontraba el resto de las regiones que componían todo su reino de terror y muerte.

Aquel día, los siete príncipes infernales se encontraban reunidos en una enorme sala moteada por crepitantes antorchas y un sinfín de robustas columnas que se perdían en un oscuro techo abovedado. Las voces estallaban con ferocidad en una discusión que llevaba días sin llegar a un acuerdo.

—¡Silencio! —bramó el temido rey desde su trono—. Ya que es imposible ponernos de acuerdo, seré yo quien decida.

Sus súbditos aguardaban en silencio, expectantes.

—Hoy será el día —decretó con rotundidad.

Junto al trono, Satanachia, la mano derecha de Lucifer, su confidente y comandante en jefe, estaba presente en la reunión, siempre custodiando, aconsejando y velando por la seguridad de su rey... Ninguno lo vio venir.

Primero fue el sonido de una explosión, luego rugidos, gritos de guerra y el sonido del metal contra el metal.

Al otro lado del ventanal que se alzaba en la sala, los líderes observaron pasmados las columnas de humo que se elevaban por toda Babilonia.

—¿Qué está sucediendo? —quiso saber Leviatán, el demonio de las aguas.

—Parece que alguien ha enviado a sus ángeles —escupió Lucifer con desagrado. Su mirada, más que miedo o sorpresa, demostraba ira. Las venas se marcaban en sus brazos, mientras un par de cuernos comenzaban a asomarse por su frente.

—Temo que se equivoca, mi señor —soltó Amon, sin despegar la mirada de aquella devastadora escena. El rugido de las explosiones y las columnas de humo lo mantenían embelesado—. Usted sabe la verdad, pero se niega a creerla —continuó el demonio, ajustando sus gruesas gafas de montura—. Le advertí de mis visiones, le advertí que esto sucedería —Los demás, incrédulos, pasaban la mirada de su camarada a su rey—. Su soberbia no le ha permitido creer que existen demonios en su contra. La rebelión ha comenzado, mi señor, y no tenemos oportunidad.

Lucifer tragó en seco. Sus puños eran una fuerte roca.

El sonido de la batalla se acercaba cada vez más a las puertas.

Satanachia desenvainó su espada, listo para defender a su rey ante cualquiera que se atreviera a tocarlo.

El resto de los presentes hizo lo mismo, a excepción de Amon, pues, conocía a la perfección el desenlace de aquella situación.

Silencio.

Los demonios no bajaban la guardia. Sus armas apuntaban hacia las puertas, las cuales se abrieron con un lento y molesto rechinado, dando entrada a un cuerpo sin cabeza; dio un par de pasos y cayó, despidiendo un pequeño charco de sangre pútrida.

—¡Muéstrate! —ordenó Lucifer con voz autoritaria. Había avanzado por delante de sus camaradas.

Se escuchó una risa burlona.